



America's Got Talent o eso creen ellos

MARTHA BÁTIZ ZUK

Hace dos semanas salió al aire, en la cadena norteamericana NBC el único reality show que ha capturado mi atención desde el primer The Apprentice. Se llama America's Got Talent! (América tiene talento), y lo conduce Regis Philbin, que es el equivalente que tiene la televisión gringa de lo que nosotros entendemos como ajonjolí de todos los moles, o sea, lo mismo conduce un programa mañanero con Kelly Ripa que el concurso de Quién quiere ser millonario, que este nuevo show de los miércoles. El concurso es algo así como American Idol o Bailando por un sueño o Cantando para no morirme de la enfermedad horrible que no tengo dinero para curar, o cualquiera de esos, con la salvedad de que en este escenario se vale todo: ¿qué entiende usted por talento? Pues lo que conteste, lo que crea, eso va. Y lo que crea su vecino también. Llega gente de todo a mostrar sus habilidades, porque el premio es... sí, claro, un millón de dólares, que son pocos para aguantar el ridículo a nivel mundial y la humillación a que los tres jueces someten a los que, de plano, quién sabe qué están haciendo ahí (han sido especialmente crueles con la gente que llega a enseñarles cómo sus loritos dicen "hola", por ejemplo).

Ah, pero ¿quiénes son los jueces? Pues pura celebridad reconocidísima: una negrita muy mona que se llama Brandy y que protagonizaba una comedia de situación sin mucho chiste, David Hasselhoff (cuyo mayor talento ha sido cobrar mucho dinero por fingir que habla con un coche), y un inglés cuyo nombre no le importa a nadie porque su única función dentro del programa es ser el malo, el

crítico más duro. Esta afición que tienen los gringos de poner a los británicos a establecer el orden en su caos (Super Nanny, por ejemplo) es particularmente insufrible en los realities, porque queda en evidencia de que todavía, a pesar de su poder económico y político, tienen complejo de colonia y necesitan que los europeos les vengan a decir las verdades. Pero no cualquier europeo. Sólo uno del mismo país que se fue con ellos a la guerra, aunque la razón que dan es que de ahí también es Mary Poppins y a ésa todos la recuerdan con mucho cariño.

En fin, pues en manos de estas tres finísimas y cultas celebridades está el futuro de cualquier cantidad de incautos que se suben al escenario a mostrar cómo giran pelotitas en el aire, cómo ladra su perro, cómo chiflan mientras mascan pinole, en fin. Ya no hace falta ir al circo, ahora el circo viene a nuestra tele y la verdad a mí me tiene fascinada: los dos programas pasados me hicieron llorar de la risa, aunque el siguiente ya va a ser una semifinal, así que lo divertido se va a terminar porque ya no van a llegar todos los locos y los tontos con fiebre de fama y dinero rápido a hacer machincuepas y desfiguros.

Y es que con esta nueva modalidad televisiva en donde el teleauditorio es la estrella, uno ya no sabe qué esperar. Porque bueno, con las estrellitas de la pantalla chica uno sabe a qué atenerse, no hay tanto margen de sorpresa, todos son bonitos y flacos y fuera de eso no saben hacer gran cosa, pero con la gente que llega de la calle y se planta ante las cámaras, puede suceder lo que sea. Cómo no se va uno a morir de la risa cuando llega un señor a meterse adentro de un globo tan rozagante y redondo como él, pero se le revienta en el proceso... O cuando llega un tipo a bailar con un disfraz enorme de vaca, o la viejita que platica con aves inexistentes y cuando la corren les echa la culpa a los jueces de que no hay pájaros de verdad volando en el estudio para que acudan a su llamado... Sí, es patético, pero precisamente por eso es muy chistoso. Porque hay que ver lo que la gente hoy en día piensa que merece un premio de un millón de dólares. Es que ya no hay respeto, la verdad. Antes, quien quería triunfar en las

artes o los espectáculos, por lo menos se preparaba, estudiaba años, no unas semanitas; ahora nada más porque no se caen cuando caminan ya quieren que todo mundo les aplauda.

Por otro lado, dentro de este mismo show también han aparecido muchas personas con “talentos” auténticos muy diversos, y tengo mucha curiosidad de ver cómo los jueces, tan sabios como sus trayectorias lo indican, van a calificarlos, y a quién van a premiar al final. Porque a la semifinal lo mismo pasó una abuelita rapera que fue lo máximo, que una niña preciosa que es brillante cuando canta y hace yödl (es decir, el canto típico de los Alpes que también a Julie Andrews le salía muy bien en *La novicia rebelde*: pensándolo bien, los gringos todos esos millones de dólares se los deberían de dar a Andrews, porque en esos realities de talentos sólo buscan a gente que medio haga lo que ella

lograba con toda perfección), y también pasaron unos magos en cuyo acto de baile la mujer cambia de vestido como diez veces tan rápidamente que es asombroso, y una chica contorsionista muy guapa que dispara una flecha con los pies mientras tiene el cuerpo todo torcido (y da en el blanco), y un tipo que tiene un acto con cuatro perritos que brincan padrísimo y lo obedecen que ya quisiera cualquier mamá con su hijo. Todo esto es muy entretenido (como el circo), pero son actividades tan distintas que no me puedo imaginar con qué parámetro las van a comparar. Nomás por eso no voy a perderme la final, y luego voy a huir de los realities como de la plaga, hasta que alguien me cumpla la ilusión de hacer uno de los hijos de famosos diciendo qué se siente, por ejemplo, que Niurka sea tu mamá y esté colgada en la pared de todos los talleres mecánicos enseñando las nalgas, y así... ■



Antonio Ledesma